¿Te *renta* la historia?

Is it worth studying history?

Reseña de: MIGLIUCCI, Dario. *El mundo de la historia. Una guía para explorarlo*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2024, 238 pp.

EDUARDO TAMAYO BELDA
Universidad Autónoma de Madrid
tamayo.belda.eduardo@gmail.com

El investigador Dario Migliucci (*Universidad de Almería*), se atreve en este libro con algo que la mayor parte de los programas y planes de estudio en Historia, y que ni siquiera nosotras y nosotros mismos como docentes de la disciplina, exploramos decididamente con los estudiantes hasta… ¿cuándo? ¿dos o tres años después de que el alumno/a se haya matriculado en la carrera?

En ocasiones ese *atrevimiento*, esa iniciación sobre la que discurre el libro de Migliucci, se produce incluso más tarde; cuando quien suscribe esta reseña hizo la carrera de Historia, la asignatura de Historiografía estaba en tercer curso y además era optativa (muchos colegas —entonces compañeros/as— ni siquiera la escogieron). A menudo solemos consolarnos pensando que la complejidad de los debates sobre el conocimiento y el análisis del pasado requiere una madurez intelectual y unas bases de contenidos que, en la mayor parte de los casos, no traen en sus mochilas los estudiantes desde la educación secundaria. Y eso es cierto, o puede que sea *bastante cierto* (disculpen el absurdo de la expresión).

Sin embargo, aquí tenemos un valioso ejemplo de que es posible desarrollar un material didáctico que proponga un acercamiento de lectura relativamente sencilla, adaptada, y a la vez dúctil ante la madurez intelectual y los conocimientos de su lector o lectora. Este es un libro que resuelve bien las necesidades docentes y divulgativas de la historia como disciplina autoconsciente, reflexiva, o sea, de la historia en su acepción de *historiografía*, y también en cuanto que profesión a la que dedicarse (la *cosa* que *haces*).

La obra *El mundo de la historia* de Dario Migliucci constituye una revisión sistemática, bastante completa y adecuadamente actualizada, del oficio de historiador,

Recibido: 23 de septiembre de 2024; aceptado: 25 de septiembre de 2024; publicado: 30 de septiembre de 2024.
Revista Historia Autónoma, 25(2024), pp.603-609.
e-ISSN: 2254-8726.

de los debates intelectuales que le afectan o le rodean, así como de las perspectivas y enfoques teórico-metodológicos del propio ámbito de su disciplina. Se trata de un material en el que se aprecia una obstinación del autor por convertir cada complejo aspecto del espacio y del debate teórico de la historiografía en un asunto asequible a un público —aún— no especialista; así, el libro logra hacer aprehensibles estos conocimientos para un lector o lectora no profesional del ámbito de la historia.

La propia elección de ciertos elementos de la redacción o características editoriales de la publicación son aquí acertadas decisiones en su mayoría (al menos a mi juicio), de las cuales voy a detenerme, en esta reseña, en cuatro de ellas: el orden expositivo, el lenguaje, el centro del *problema*, y la bibliografía.

En primer lugar, el orden general escogido por el autor para exponer o explicar lo que se quiere dar a conocer podría definirse dentro de lo que solemos denominar como *de lo general a lo particular*; parece acertada esa elección pensando en cómo uno leería el libro si lo leyera entero, de una sentada, de cabo a rabo en un par de días. Si lo hace así, el lector encontrará un libro fresco, hilvanado adecuadamente, con relaciones y referencias que permiten comprender que cada asunto está, más o menos, donde debe estar, porque amplía o complejiza lo anteriormente dicho, y porque pone sobre la mesa conceptos o debates que se van a desgranar y a concretar en capítulos posteriores.

Un orden capitular en el que de la primera parte (cuatro capítulos de los once que componen la obra) se sustraen los elementos de discusión más propios de la disciplina propiamente dicha, algo que como historiadores nos podría generar algunas dudas. Sin embargo, en mi opinión, es una elección relativamente justificada: los estudiantes de historia van a aprender el oficio de la historia, pero eso no significa que no deban empezar por comprender asuntos más generales sobre cómo se organiza y se procesa el conocimiento humano. Es más, me atrevo a decir que, si llegan a dedicarse profesionalmente a la historia, les vendrá muy bien ese aprendizaje. Por eso, aunque no necesariamente afirmo que sea la mejor de las alternativas, tengo la sensación de que sí tiene sentido la elección del autor a ese respecto.

Ese primer grupo de cuatro capítulos recorren las siguientes cuestiones: desarrollan la noción de *saber* (como concepto y como *sustancia* que se encuentra en una multiplicidad de medios y en las diversas interacciones de la realidad social); avanza después explicando el concepto de *ciencia* (como producto o sistema cultural que estructura los distintos saberes, ofreciendo una metodología y sistemas de validación concretos de acuerdo a diferentes paradigmas, y que, en ese proceso, transparenta las bases en que se sustenta el conocimiento); continúa con *los grandes debates* (capítulo en el que el autor despliega una serie de cuestiones en torno a las que giran las transformaciones de las ciencias y de las humanidades de manera general); y finaliza este segmento de la obra con el cuarto capítulo, dedicado a la idea de *la búsqueda de la realidad* (descrita como un "objetivo" de las ciencias humanas, y en el que el

autor plantea algunas cuestiones muy importantes específicamente para la historia, como el debate entre la necesidad de simplificar el pasado para poder explicarlo y la responsabilidad de dar cuenta de la complejidad del mundo, o como el papel que juegan la representación y los imaginarios en la construcción de realidades).

Creo que el autor sí consigue algo que, según afirma en su Introducción, pretendió al pergeñar la obra: hacer de ésta un material que permita "esbozar con un lenguaje ameno y directo —pero también con el rigor propio de un texto destinado a estudiantes universitarios— algunas de las nociones más básicas sobre los mecanismos de funcionamiento de la ciencia, la filosofía de la historia y la historia de la historiografía" (p. 11).

De hecho, y esto que digo a continuación debe entenderse solo como una intuición —porque ya no estoy a tiempo de constatarlo—, la obra podría absorberse, poco a poco, a lo largo de toda la carrera de un/a joven estudiante de historia (entendida esta carrera en su parte exclusivamente formativo-educativa, pongamos, hasta el nivel de Máster). Tengo la impresión de que el libro bien podría ser leído desde la primera clase en la Universidad, con 17, 18 o 19 años —sin las ideas demasiado claras sobre qué es la historia—, y terminar de leerse el día en que esa misma persona se coloca, frente a frente, ante la idea de hacer su Trabajo de Fin de Máster. En este sentido, puede ser un libro que acompañe el crecimiento intelectual, formativo y profesional de cada estudiante, futuro profesional de la disciplina. La obra, sin dejar de discurrir de lo general a lo particular en los aspectos teórico-metodológicos, es además un ejercicio —bastante consciente en mi opinión— por explicar la profesión a un joven cuya carrera iniciara con la Introducción, y que se consolidase como aspirante a investigador en historia con las últimas palabras del libro. He probado a hacer eso, como ejercicio para satisfacer una curiosidad; este es el resultado:

> "Tomé la decisión de escribir este libro después de reflexionar sobre mis primeros pasos como estudiante (…); la idea se me ocurrió pensando en todo lo que no sabía y que hubiese necesitado saber cuando puse pie por primera vez en la Facultad". (Estas son primeras palabras de la Introducción del libro).

> "Quiera perdonarnos, en cambio, el lector al que este libro haya causado confusión o, aún peor, aburrimiento. Si este fuese el caso, damos fe de que *non s'è fatto apposta*". (Y estas las últimas palabras del último capítulo).

Creo que no hay nada más propio del oficio del historiador/a en su sentido profesional que empezar con la esperanza —si no la convicción— de que uno sabe cosas (y de que quiere transmitirlas al que viene detrás antes de lo que uno las recibió), para acabar dudando de sí mismo, de la profesión, de la inteligibilidad de lo dicho, y resignarse ante la posibilidad de haber terminado por aburrir al respetable… Y encima pidiendo disculpas por ello (eso sí, en

italiano y en homenaje a Alessandro Manzoni). Si este libro no explica con claridad la profesión de investigador y docente de Historia, ¡a mí que me registren!

A pesar de todo, Migliucci parece optimista en cuanto a la renovación constante de la profesión, cuando afirma que "por mucho que cambien los tiempos y las circunstancias en los que el historiador trabaja, el objeto de estudio que nunca deja de estar de moda es la propia teoría de la historia. (…) El historiador no para de mirarse en el espejo, indagando sobre su propio cometido e identidad. ¿Qué hace el historiador?" (pp. 170-171).

En segundo lugar, creo que debe destacarse el lenguaje utilizado por Dario Migliucci en el libro. A lo largo del texto, no dejan de aparecer los términos de significado complejo propios de la disciplina —en la obra los tienes casi todos (al menos los que usamos o han utilizado los historiadores); tampoco faltan las distintas tradiciones históricas, por las que el autor se asoma en varias ocasiones, los nuevos enfoques de la disciplina, o la razón detrás de cada perspectiva o paradigma en torno a la investigación sobre el pasado. Sin embargo, resulta destacable que la redacción tiene detrás un cuidado especial hacia la forma de expresar los significados e implicaciones de esos términos, especialmente en lo que a nociones teóricas o decisiones metodológicas se refiere. Este aspecto redunda muy positivamente en hacer del libro un material adecuado para un público que está en proceso de especializarse en historia: si bien no se eluden los debates, problemas y desencuentros conceptuales del campo, éstos se explican con cierta sencillez y en una secuencia argumental que permite, además, una adecuada inteligibilidad de los mismos.

Aunque se nota el esfuerzo constante en el libro por lograrlo, me atrevería a decir que sí se detecta en los primeros capítulos algo más de distancia autor-lector de la que se genera en el resto de la obra, quizá más *ligera* en ciertos sentidos, porque a partir del quinto capítulo, Migliucci vuelve la mirada con mucha más claridad sobre su propia profesión, y no tanto sobre debates más amplios a ésta; y eso se nota a partir de este punto. A pesar de lo anterior, resulta evidente que el autor se considera también cercano a las palabras de Paul Veyne cuando el historiador francés afirmaba que "el oficio del historiador recuerda más al trabajo de un filósofo que a la labor de un científico" (p. 84), lo que no es óbice para que Migliucci evite que eso pueda señalar a la historia como un *saber menor*, al afirmar con rotundidad que "para la sociedad en su conjunto, la labor del historiador es absolutamente fundamental" (p. 86).

Los capítulos quinto (*La historia*, como instrumento y como disciplina) y sexto (*El tiempo*, sobre el papel que juegan la memoria y la historia), son los episodios del libro que, en mi opinión, llevan más papeletas para tener éxito al utilizarse como textos didácticos de debate en aula, en el proceso de iniciación de los estudiantes a la historia. En los párrafos de esos capítulos se ofrece claridad y espíritu dubitativo a partes iguales, con puntos de anclaje constantes con el mundo actual, con idas y venidas del pasado al presente —y viceversa—,

así como el debate —o problema— de la estructuración del pasado en *compartimentos de significado* que, a menudo, solo se comprenden en y desde el presente.

La tercera cuestión que pretendo destacar de la obra es la del centro del *problema*; el objeto de debate para el autor del libro no es otra cosa, en el fondo, que su propia profesión (la pasada y la presente). A pesar de ser un libro que pretende introducir en la historia y en la historiografía, resulta a la vez un ejercicio de cierta introspección, buscando dentro del *quehacer* del historiador/a aquello que merece o necesita ser transmitido al estudiante que se inicia en el camino. En ese sentido, insisto en la idea de la teleología que tiene la obra en sí misma como un ejercicio de lectura continuada, a lo largo de los primeros tres, cuatro o cinco años de la carrera de un joven historiador.

En este tercer aspecto juegan un papel crucial los capítulos de la segunda mitad del libro: el séptimo (*La historia como ciencia*), el octavo (*La historia como relato*), el noveno (*El historiador*) —por cierto, esta hubiera sido la ocasión perfecta para haber incorporado también el género femenino en la obra—, el décimo (*Las fuentes*), y el undécimo (*La investigación*). Al colocar el oficio de historiador/a en el centro del debate, Dario Migliucci logra que el libro hable también de problemas mucho más *reales* que los debates y reflexiones más teóricas (que también aparecen en la obra). Es precisamente en estos capítulos en los que el autor explica, entre otras cosas, las diversas corrientes de pensamiento y estudio de la historia (capítulos séptimo y octavo); en su repaso historiográfico, simplificado, el autor logra hacer una historia de la historia relativamente con una bisagra muy marcada —que incluso amerita el cambio de capítulo en su obra— en el giro posestructuralista.

Los capítulos noveno —titulado *El historiador*— y undécimo —*La investigación*— son, quizá, los más atractivos y *persuasivos* de la obra (entre medias de éstos está el dedicado a *Las Fuentes*). Pienso que deberían haber ido seguidos uno detrás del otro, habiendo dejado para el final el capítulo de las fuentes (que en el libro ocupa el décimo lugar); lo creo porque, según mi criterio, la reflexión acerca de *la investigación* —y una cuestión que el autor plantea como "¿Qué hace y qué aporta el historiador?" (pp. 213-216)—, tendría que estar situada antes de la categorización que se realiza en el capítulo dedicado a las fuentes.

En cualquier caso, no parece un problema grave porque, no obstante lo anteriormente dicho, el asunto queda suficientemente resuelto mediante una redacción adecuada al orden de esos capítulos; pero sí creo que, en un sentido de reflexión sobre la profesión, *lo que uno hace o pretende hacer* está conceptualmente antes que *las cosas que uno elige para hacer lo que pretende hacer* (aunque esas *cosas* —las fuentes— terminen por alterar o hacer evolucionar la decisión inicial sobre lo que se quiere hacer). El capítulo undécimo, sin embargo, es claro, conciso, *vehiculador* de varias de las cuestiones tratadas en los capítulos anteriores: muy acertado en su conjunto y perfectamente adecuado al público objetivo del libro. Es un epígrafe que aborda los primeros pasos de la investigación, las técnicas y metodologías de la historia, los

consensos, debates y giros epistemológicos, y ese mundo en el que se debaten los historiadores, entre la sensación de la existencia de fenómenos que se generalizan y el mero relato arbitrario sobre el pasado. Todo ello amerita convertirlo en un cierre ideal de la obra, por lo que se entiende esa decisión del autor.

El cuarto y último asunto que quiero señalar, brevemente, es la bibliografía: inevitablemente abundante, las referencias en la obra son muchas (y necesarias), la mayoría de las cuales aparecen bien ubicadas, para ayudar al estudiante a detectar los pensadores clave en torno a cada *problema historiográfico* o cada *giro epistemológico* concreto. Al respecto, creo conveniente destacar dos cosas: la excelente decisión editorial de dividir la bibliografía capítulo a capítulo (algo fundamental para el uso didáctico del libro), y la notable ausencia de autores de fuera del mundo académico europeo-occidental. El libro tiene incontables ejemplos históricos de múltiples temas, de cronología amplísima y referencias a una pléyade de autores (y también varias autoras); en su mayoría, tanto los ejemplos históricos como los referentes académicos son europeos o estadounidenses. No necesariamente sobran los citados, pero una mayor atención en los ejemplos históricos y en los autores/as destacados, por lo menos, al ámbito latinoamericano —región de la que tenemos muchos estudiantes en España, cada año más, siendo además un ámbito académico muy unido al campo historiográfico español—, hubiera coadyuvado al propósito de la obra. Algo parecido habría significado la inclusión de algunos pensadores africanos, muchos de los cuales escriben y publican en inglés o francés como lengua materna (la lectura de los referentes historiográficos asiáticos resulta quizá más compleja sin tener a disposición buenas traducciones).

Falta, eso sí, un capítulo para los jóvenes estudiantes que se atreven con la historia, aquellos y aquellas que se pregunten: *¿me renta la historia?* En ese sentido, faltan algunas nociones que, siguiendo ese objetivo inicial del autor de ayudar a dar a conocer a los jóvenes estudiantes lo que le hubiera gustado saber a él cuando comenzaba la carrera… A priori, se me ocurren unos cuantos asuntos: el del mundo administrativo del Ministerio de turno o las universidades, el de la búsqueda incesante de contratos, becas y subvenciones de todo tipo (predoctorales, posdoctorales, intradoctorales..., y cualquier otra cosa que te dé de comer)

Tampoco habla el autor sobre los problemas de convivencia en los departamentos, los de la realización de estancias de investigación, la creciente precariedad general del sector, la brecha generacional, el problema de *currar gratis* —que es una experiencia vital deliciosamente indigna—, las complicaciones y ventajas de la irrupción de la inteligencia artificial en la educación en general y en la historia en particular, el de los abandonos de la carrera, el del escaso reconocimiento social de esta profesión aunque esto, quizá, está mejor apuntado —con cita a Sheldon Cooper incluida (p. 177)—, el de los derechos laborales como profesional de la investigación sin ser científico *de bata blanca*, y un largo etcétera de problemas, tabúes y otras formas imaginativas para malvivir de la historia… Supongo que ese capítulo se lo ahorró el

autor para no espantar a su público, y que no se cambien de carrera a la primera oportunidad. ¡Bien jugado!